

## DOMINGO I DE CUARESMA (B)

Homilía del P. Joan Carles Elvira, prior de Montserrat

1 de marzo de 2009

Gn 9: 8-15 / 1Pe 3: 18-22 / Mc 1: 12-15

¡Una nueva Cuaresma, hermanos y hermanas! Como cada año, la Iglesia nos ofrece con este tiempo litúrgico una ocasión providencial para renovarnos interiormente y convertirnos. En este sentido, la Cuaresma es un tiempo de gracia para tomar más conciencia de nuestra identidad cristiana. Cuando hablo aquí de identidad cristiana me refiero sencillamente a tener más presente el bautismo que nos ha hecho cristianos. Un tema, por otra parte, muy típico de la Cuaresma, ya que desde los inicios de la Iglesia los catecúmenos se preparan durante este tiempo litúrgico para recibir el bautismo la noche de Pascua. Pero además, los textos bíblicos de este primer domingo de Cuaresma también nos hablan del tema. Acabamos de escuchar cómo Jesús, después de su bautismo, es empujado por el Espíritu hacia el desierto para resistir los engaños del Tentador y, desde su obediencia filial a la voluntad del Padre, anunciar la llegada del Reino de Dios. En la primera lectura se nos ha hablado de purificación, de una creación renovada por las aguas del diluvio y preservada en su bondad originaria por la alianza indefectible del Creador. Por último, la segunda lectura nos ha recordado que estas aguas del diluvio prefiguran el bautismo que nos salva. En las tres, encontramos el bautismo como un signo de conversión y de purificación, como el inicio de una nueva realidad. Os propongo, pues, para esta Cuaresma que vivamos la liturgia de estos días considerando la novedad de vida que ha supuesto nuestro bautismo, de manera que la noche de Pascua renovemos las promesas bautismales como lo hicieron un día nuestros padrinos, y en un acto de autenticidad de aquéllos que dan solidez a la propia existencia confesemos convencidos: sí, soy cristiano y el bautismo realmente me ha salvado la vida; olvidarlo dejaría sin norte mi existencia.

Para dar contenido concreto a esta propuesta nada mejor -decíamos- que recurrir a la liturgia. Por ejemplo, rogábamos así al inicio de esta Eucaristía: *Concédenos, Dios todopoderoso, avanzar en la inteligencia del misterio de Cristo y vivirlo en su plenitud.* Encontramos tres elementos fundamentales, en esta plegaria: la importancia de conocer más y más el misterio de Cristo; la necesidad de configurar nuestra vida a la luz de este misterio; y la ayuda de las prácticas cuaresmales para alcanzar ambas cosas. Una breve reflexión ahora sobre estos tres elementos.

*Sobre el misterio de Cristo.* Ciertamente se trata de una realidad insondable pero el evangelio de hoy la ilumina un poco. Jesús nos anuncia la Buena Nueva de Dios, eso es, que Dios existe y que la vida se entiende de manera muy diferente si creemos en Dios o no; que este Dios es nuestro Padre y quiere que lo conozcamos y lo amemos; más todavía: que en Jesús Dios mismo se hace uno de nosotros para dar profundidad divina a nuestra condición humana y así salvarla del pecado y de la muerte. Por nuestro bautismo, esta presencia de Jesús nos acompaña siempre. Entrar en relación personal con Jesús es el gran fruto de nuestro bautismo.

*Sobre el vivir el misterio de Cristo de acuerdo con sus exigencias.* Se trata en definitiva de hacerse discípulos de Jesús y seguirlo. Encarnamos el misterio de Cristo cuando configuramos nuestra existencia según esta ley evangélica: *Quien quiera salvar su vida, la perderá, pero quien la pierda por Cristo y por el Evangelio, la salvará.* El bautismo nos asocia a la muerte y a la resurrección de Cristo, a su misterio pascual, y nos remite así más allá de nosotros mismos. Seguir a Cristo quiere decir entonces aceptar la esencia interior de la cruz: el amor radical que se expresa en ella. Pero, ¿cómo vivir, día a día, de este amor "crucificado"?

Ciertamente lo viviremos por pura gracia, pero tenemos que aprender a acoger este don. *Las prácticas cuaresmales* -nuestro tercer elemento- nos ayudan. Tradicionalmente se concretan en tres: la plegaria, el ayuno y la limosna. La Iglesia las propone como un camino de conversión verdadera porque las tres nos descentran de nosotros mismos y nos abren a la acción de Dios en nosotros. Nuestra *plegaria*, en este tiempo cuaresmal, tendría que ser más intensa. Podemos tratar de asistir más a menudo a la Eucaristía, o al menos rezar con los textos bíblicos que la liturgia nos ofrece estos días; o bien, por ejemplo, proponernos la lectura continuada de un evangelio. Rogar de esta manera es lo que los monjes llamamos *lectio divina*. Quien persevera en esta práctica, ayudado por ejemplo de algún comentario bíblico o simplemente de las notas a pie de página de una biblia, descubrirá lo que quiere decir vivir de la Palabra. El *ayuno* nos indica un camino de libertad interior, de disciplina, de atención sobre lo esencial, del trabajo sobre algún mal hábito que si no lo vigilamos se puede convertir en un vicio difícil de desarraigar. Por último, la *limosna* toca el tema de la solidaridad, del compartir, de la atención a los que pasan necesidad. Por ejemplo, en este tiempo de dificultades económicas para muchos, nos podemos comprometer en iniciativas a nuestro alcance, realistas, de alcance humano, para mejorar las condiciones de vida de los que más sufren -o sufrirán- la crisis.

Estas tres prácticas cuaresmales, que admiten mil concreciones, hermanos y hermanas, remiten en definitiva a la Iglesia y a sus sacramentos. La Iglesia misma es ya el primer gran sacramento que nos comunica la vida de Dios. Nuestro bautismo nos ha hecho miembros de una gran familia. Sí, esta Cuaresma tendría que incrementar nuestro amor por la Iglesia: ella nos da a conocer el misterio de Cristo y de ella recibimos cada día la fuerza para vivirlo según sus exigencias.

Que santa María nos acompañe en nuestro camino cuaresmal. Amén.